

EL MUNDO

Lunes, 11 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.420.

MUNDO

RADIOGRAFIA DE MARRUECOS (II) / ECONOMIA Y SOCIEDAD

Un pasaporte sólo 'válido hasta Tánger'

ALI LMRABET

Los marroquíes son unos graciosos. Les gusta reírse de si mismos y de sus desgracias. Cuando hace mas de una década los ricos países de la Unión Europea formalizaron los visados obligatorios, los pobres habitantes del reino hermano del de Juan Carlos I llegaron rápidamente a la conclusión de que su pasaporte no valía nada. El salvoconducto de color verde oscuro no les permitía, como antes, atravesar fronteras y países sin demasiadas contrariedades.

Haddu Tanja (Valido hasta Tánger), es así como comenzaron a llamarlo. Para ellos, el documento de viaje servía únicamente para llegar a Tánger, la puerta de El Dorado, la ciudad a partir de la cual se puede llegar de un salto a Europa.

Para ir más allá, había que utilizar otros subterfugios. En 2004, todo sigue igual. Haddu Tanja sigue siendo valido hasta Tánger, y los marroquíes siguen intentando por todos los medios tocar con sus pies y sus manos lo que piensan que es un paraíso terrestre. Superar los innumerables obstáculos del Estrecho les parece infinitamente mas fácil que quedarse en su país.

Auténticos visados obtenidos mediante millonario soborno consular, falsos comprados a falsificadores profesionales, viajes peligrosos en pateras y en zodiacs y épicas travesías en cámaras de neumático, todo vale para intentar saltar a la Península.

Las odiseas se han vuelto del alcance de todos. Una vez, un ingenioso inmigrante, sin un duro de los de entonces, intentó atravesar el Estrecho en patinete. Después de dos días pedaleando contra vientos y mareas, la Guardia Civil lo interceptó a escasos metros de tierra firme. Pero, como el general Mac Arthur, el exhausto y temerario ciclista náutico prometió volver.

Todos los inmigrantes de todas las épocas y de todas las partes del mundo lo dicen: ninguna frontera, ningún muro, ningún control policial pueden detener a alguien que esta huyendo de la miseria y la falta de libertad.

En Marruecos, estos aventureros de la pobreza se llaman los harragas, literalmente los que queman la frontera, es decir los que la atraviesan ilegalmente.

Generalmente son jóvenes de familias humildes sin futuro ni perspectivas de que su situación social se mejore. Se pasan años trabajando como esclavos para ahorrar los 2.000 o 3.000 euros que les permitirán llegar al otro lado del Estrecho.

Muchos de ellos logran su propósito después de años de sufrimientos y sacrificios, pero otros terminan ahogados en el Estrecho, o si tienen suerte recuperados por la Guardia Civil y devueltos a Marruecos. Casi todos lo vuelven a intentar.

Hace cuatro años, el jefe de los servicios secretos marroquíes (hoy jefe de casi todas las fuerzas de seguridad civiles del Estado), el general Hamidou Laanigri, declaró a dos reporteros de un importante diario español que cada inmigrante que abandona el país es una «boca» menos que alimentar. El buen general que, según el diario francés Libération, estuvo implicado en un transporte de desaparecidos marroquíes hacia Tazmamart, la cárcel secreta de siniestra memoria, añadió que impedir que los marroquíes sigan emigrando ocasionaría una explosión social en el país.

Viniendo de un conocido atropellador de los derechos humanos en Marruecos, la frase tenía su sentido, y su lógica. Laanigri reconocía claramente lo que es un hecho obvio: que el régimen marroquí no tenía ni las fuerzas ni las ganas de luchar contra un fenómeno, el de la inmigración clandestina, que al fin y al cabo le convenía.

En esa época, el gobierno de José María Aznar se estremeció ante tal confesión hecha por un miembro del entorno directo de Mohamed VI. En cambio, en Marruecos, nadie, aparte algunas publicaciones independientes y una organización de Derechos Humanos, se escandalizó que los marroquíes sean considerados «bocas» a alimentar.

Pero en realidad, ¿porque escandalizarse? En el reino feliz de Mohamed VI, todo el mundo quiere irse. Los pobres a Europa porque esta cerca y los ricos a América del Norte porque tienen los medios financieros y la posibilidad de obtener un visado.

En octubre de 2003, un escándalo inmigratorio salpicó a la dirección de la RAM (Royal Air Maroc), la compañía nacional de transporte aéreo. La prensa canadiense descubrió que un antiguo ministro de la Inmigración de la provincia de Québec, André Boulerice, había intercambiado favores con Mohamed

Berrada, el presidente de la compañía aérea.

A cambio de un viaje y estancia en un hotel de lujo del reino, el ministro había utilizado su influencia política para favorecer la instalación en Canadá de las dos hijas del responsable marroquí. La prensa canadiense divulgó igualmente que no sólo la familia del presidente de la Royal Air Maroc se había aprovechado de los favores del ministro sino que decenas de ejecutivos de la compañía y «altas personalidades marroquíes» habían obtenido también carnés de residencia y derecho a la Seguridad Social sin residir en Canadá.

Ante un escándalo de tal magnitud, pasó lo que tenía que pasar. En Canadá, el ex ministro fue destituido de su puesto de portavoz de su partido, tuvo que devolver el dinero del viaje y pedir públicamente perdón.

En Marruecos, como siempre, no pasó absolutamente nada. No hubo investigación, amonestación ni siquiera condena verbal de algún responsable político. Todo el mundo se calló, gobierno, partidos políticos, sindicatos y asociaciones de todo tipo. Un año después, el señor Berrada sigue siendo el presidente de la Royal Air Maroc. Y ningún ejecutivo de la compañía ni ningún alto responsable marroquí tuvo que rendir cuentas. El botín no se devuelve. Los marroquíes son unos graciosos y Marruecos es un país incomprensible para el resto del planeta.

Existe una especie de consenso general en torno a la inmigración. Como si todos los marroquíes, los pobres y los ricos, tuvieran el derecho no escrito de utilizar, a su manera y dependiendo de su condición social, todos los artilugios para abandonar el reino feliz. Los primeros, con el vientre vacío y en patera insegura, los segundos con visados válidos y viajando en avión. No es el Sálvese quien pueda, pero se le parece mucho.

© Mundinteractivos, S.A.